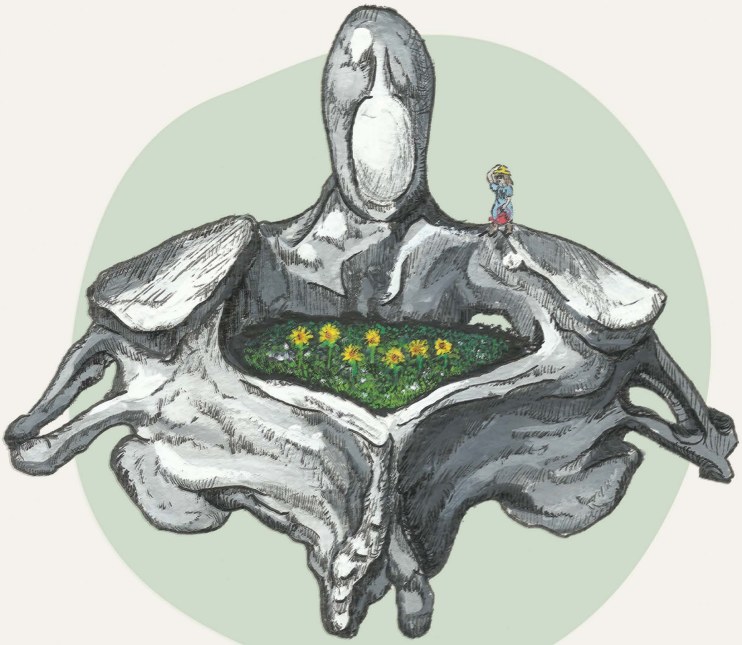
Vértebras

Pilar Roig Ferreruela

2.ª ed.



MARESÍA

Vértebras

Pilar Roig Ferreruela

MARESÍA

Pie de Pãgina

Índice

Prólogo 15

Vértebras cervicales 24

C1, Atlas - Soy Pilar 26
C2, Axis - Ojalá te vieras como yo te veo 30
C3 - «Xiqueta» 33
C4 - Ámame 37
C5 - Llueve 40
C6 - Sangro 42
C7 - Las chicas buenas riman sus poemas 46

Vértebras dorsales 52

D1 - Tendré plantas 54
D2 - Eres bueno 57
D3 - Cuid-arte 60
D4 - Pico tres 62
D5 - El poema de Alba 66
D6 - Los cuidados 69
D7 - Volver a ti 72
D8 - A un latido del abismo 75
D9 - Se [me] mueren los poemas 78
D10 - Mi océano más conocido 81
D11 - No me encuentro 84
D12 - A lágrima sellada 87

Vértebras lumbares **90**
L1 - Por dentro 92
L2 - Arrugada 94
L3 - Trozos de Pilar 96
L4 - Quería escribir un poema 99
L5 - Lleva mi nombre 103

Sacro **106**
S1 - Frío 108
S2 - Las flores al nacer 111
S3 - Prendes 115
S4 - Alas 119
S5 - Romper con todo 122

Cóccix **126**
Vértebras coccígeas 128

Agradecimientos 135

C6 - Sangro

Sangro.

Sangro con cada luna nueva
y, aunque el mundo dice que mermo,
que me torno sucia, sensible e irascible,
yo me siento muy viva.

El rayo que me parte la espalda baja
duele más por todas las mujeres
que callaron la agonía.
Se me hincha el pecho de temores
mi barbilla refleja los cráteres
de la cicerone que me guía.

Rapta la saudade todos mis pensamientos.

Quiero un abrazo.
Quiero liberar las alas que retengo en mi muda
y dejarme fluir,
nadar en un acantilado de aguas frías

que se entrevere con el flujo que abriga mis muslos.
Quiero deshacerme en lágrimas,
quitarme la venda que enturbia la visión que tengo
[sobre mi cuerpo.
Suplicarle a mis estrógenos que dejen de saltar al abismo
que no llevo paracaídas
y el desplome duele.

Mas el ovario izquierdo me grita fuego
y el derecho no para de implorarme agua
y la batalla de mi útero
me reverbera en cada célula.

Pero no necesito ninguna espada
que venga a librarla por mí.
El tiempo proclamará un vencedor
y el magma abandonará mi cuerpo
por el valle fluvial.

Hasta la siguiente pugna
seguiré midiendo con una regla
la distancia que nos separa de la siguiente luna nueva.
Quizá algún día se acorte un poco
pueda prescindir de eufemismos
y sangrar libre.

Comentario de la autora

Recuerdo que cuando terminé de escribir este poema, me sentí valiente y temerosa a partes iguales. No considero que la regla haya sido un tabú en mi entorno, pero tampoco era un tema agradable para escribir un poema sobre él y recitarlo en un escenario. Y entonces escribí «Sangro». Y al hacerlo, me sentí libre.

En la segunda estrofa, están citados los adjetivos que siempre había escuchado relacionados con la menstruación: la regla me hacía estar sucia, sensible (pero en el mal sentido de la palabra, como si me hiciera más débil) e irascible, me «mermaba» como ser, me quitaba fuerza y validez. Era lo que siempre me habían dicho. Pero yo sentía que eran unos días en los que estaba más conectada conmigo misma, con mis emociones, y, al fin y al cabo, sentía de una forma mucho más intensa. Se reflejaba en mis poemas y en mi entorno. ¡Y no era algo negativo como siempre me habían enseñado!

«El rayo que me parte la espalda baja» hace referencia al dolor lumbar que se suele padecer estos días, y en cómo se agrava al pensar que hubo un tiempo en el que las mujeres, como siempre me explica mi yaya Fina, tenían que ocultarlo. «Se me hincha el pecho de temores» es un verso en el que se refleja el aumento e hinchazón de talla que sufren algunas personas menstruantes junto al aumento de inseguridades (mencionado también en «Rapta la saudade todos mis pensamientos» o en «Quitarme la venda que enturbia la visión que tengo sobre mi cuerpo»). Finalmente, «Mi barbilla refleja los cráteres de la cicerone que me guía» metaforiza al acné, fruto del balance hormonal que recuerda a los cráteres que tiene la Luna (que

es la cicerone que me guía porque sus ciclos son de 28 días, como aproximadamente el ciclo menstrual).

La quinta estrofa está plagada de referencias al propio flujo de la regla, a la sangre. «Liberar las alas que retengo en mi muda» es un guiño a las alas de la compresa, que protegen la ropa interior. La súplica a los estrógenos es debida a que es la caída de los niveles de esta hormona la que provoca el inicio de la menstruación, con todo lo que comporta.

En la séptima se reivindica que no es una «batalla con un ganador» y que no requiere de «espadas», es decir, personas que no tienen útero, para solucionarlo. Es tan solo un acontecimiento que tendrá su final con el paso de los días, de forma natural.

La última estrofa cierra con un deseo de sangrar sin tabús.

Tengo la suerte de poder vivir mi regla como unos días de conexión conmigo misma. Es por eso por lo que tenía que ser uno de mis esenciales.

D10 - Mi océano más conocido

Yo, que le sonrío al Sol bebido
porque confío
en que me alumbra aunque haga frío,
que con un abrazo me [re]compongo
que visto ropa de colores
todos los días del año y pienso
que así reflejo un cuarto de la ilusión que albergo
acepto
confieso
a puño cerrado
a torso doblado
que a veces
se me va de las manos
que la tristeza es mi océano más conocido
y sus aguas me abrazan.

Y el miedo me paraliza
y yo nado
nado pero no hay entreno
que me enseñe a ser tan fuerte

como para nadar contra corriente,
y la boya que siempre flota
flota ahora en la ciudad de playa.

Y qué haré yo sin ti
en este mar
sin la arena de tus ojos
apelmazada en las líneas de mis manos
tratando de desdibujar
el futuro amargo que imagino
cuando no estás aquí [a mi lado].

Comentario de la autora

«Mi océano más conocido» es una vértebra que escribí días después de que mi hermano se mudara a otra ciudad.

Comienza hablando de mí, enumerando pinceladas de mi forma de ser. Algunas de ellas son las que mencionaba en «D9», por las que me gusta identificarme con un girasol (sonrío aunque haga frío, es decir, aunque esté triste, visto ropa de colores...).

Enseguida comienza una enumeración con la que se acelera el poema para confesar, con gran esfuerzo («a puño cerrado», «a torso doblado»), que a veces la tristeza me llama de más porque la conozco. Y tiene ese punto de hogar (de «océano conocido»), fruto de que no me resulta del todo extraña.

Sin embargo, el miedo, como explica la siguiente estrofa, me paraliza. Arrastra la metáfora del «océano» para explicar que «nado», que lucho, que me esfuerzo para salir de él, pero no hay forma de volverme tan fuerte como para lograrlo (voy a contracorriente, en contra de la tristeza, tratando de escapar).

«La boya que siempre flota» es un símbolo con el que represento a mi hermano, porque es la persona a la que sé que siempre puedo acudir, a la que veo cuando todo está oscuro y estoy sumergida plenamente en «el mar». *Y porque siempre nadamos juntos para ir a la boya.*

La última estrofa concluye con la pregunta retórica de qué voy a hacer sin él, y sus ojos marrones que siempre se esfuerzan en proponerme futuros más optimistas que los que me planteo yo en mis días tristes.

L2 - Arrugada

Tiembla el suelo y
aprieto los dedos del pie
por instinto
por supervivencia
como si la sujeción fuera a
ser más fuerte si me *arrugara*
como si en la arruga se escondiera la fortaleza
[como] si yo fuera a ser más fuerte arrugada
que acurrucada en mi cama
con las pestañas pegadas
y la vista clavada
en la pantalla
las manos reventadas y
la rima asonante cargada
en la espalda
para sentir el poema lánguido
vertebrarme el alma buscando
el sentido a este eterno andar.

Comentario de la autora

«Arrugada» es una vértebra que trata de reflejar la inseguridad que se apodera de nosotras al pensar en el futuro. Ante la incertidumbre de no saber qué va a pasar.

«Tiembla el suelo», la seguridad, el lugar de apoyo. Ante el pensamiento se resquebraja y tiembla, y yo, en un acto reflejo, aprieto los dedos del pie, me arrugo, como si quisiera volverme anciana. Con más experiencia. Más sabia.

«[Como] si yo fuera a ser más fuerte arrugada que acurrucada en mi cama» hace el paralelismo entre la vejez (arrugarse) y la niñez (acurrucarse). En realidad, cuando escribo el poema, trato de arrugarme en lugar de acurrucarme porque quiero ser más fuerte.

Intento dejar atrás la niñez (pestañas pegadas, vista clavada en la pantalla, manos reventadas) para ver si la vejez logra quitarme la carga de no encontrarle sentido al «eterno andar», a la vida; eterna porque no estoy bien.

El poema que me «vertebra el alma», que me sostiene, es lánguido, débil, porque siento que no lo hace. Que tiembla el suelo, y me caigo, porque nada me sostiene.